

# EN LA SIERRA DE SAN JUAN

## EL HISTORICO MONASTERIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA Y EL CENOBIO ANTIQUISIMO DE SANTA MARIA DE LAS SORORES DE SANTA CRUZ

Situados en la cuenca del río Aragón, o en Jaca, vemos río abajo a nuestra mano izquierda en primer lugar la altiva Peña Oroel, y después, tras la depresión que nos señala el paso de la montaña de la ruta a Huesca por Ayerbe, vemos una alta y larga Sierra que no es otra que la de San Juan; que en sus profundos repliegues y barrancones, y en su Cueva de Galión, cobija a uno de los cenobios más interesantes, de más importancia histórica, factor importantísimo en la historia política de Aragón, y hasta en la eclesiástica de toda España, San Juan de la Peña.

Subamos por la carretera citada, por el pie de Peña Oroel, en busca de la estrecha ruta, que a poco de trasponer el alto, en Bernues, conduce al Monasterio, por carretera que quizá tenga unos doce kilómetros; y si queremos seguir el camino que antaño seguíamos al no existir esa ruta para coches, vayamos desde Jaca por la carretera de Pamplona en busca de un empalme que a la izquierda parte, que nos llevará a Santa Cruz de la Seros y desde allí subamos por un sendero al Monasterio que nos ocupa de San Juan de la Peña; sendero que a fuerza de trepar por él, se nos hizo familiar, y a los tiempos aquellos de hace más de medio siglo, retrotraemos estas vulgaridades sobre esas maravillas oscenses, con unos panoramas excelsos.

Ya nos encontramos amables lectores, si quiera sea inmente, en lo alto de la Sierra de San Juan; desde ella tenemos un panorama espléndido, colosal, sobre la cuenca del río Aragón, valle de Jaca, y cual telón de fondo, colosal, soberano, la inmensa barrera pirenaica, que divisamos en gran extensión desde aquel mirador grandioso, que nos permite ver, quizá un poco imaginativamente, aquellas cuencas, aquellas hendiduras de la barrera, por las que bajan los ríos Aragón. Subordan de la parte de Hecho y Selva de Oza; en cuya cuenca, en

cuya ruta se encuentra el antiguo cenobio de San Pedro de Siresa, el más severo estilo románico y en su final del camino, bosques y explotaciones forestales inmensas.

Más a la derecha, la encañada del río Aragón, Canfranc, Candanchú, el Puerto de Somport que al recuerdo nos trae aquel Monasterio de Santa Cristina, entrada de aquella ruta jacobea que por allí, ante los Mallos y Peña Collarada, descendía a Jaca rumbo a Sangüesa y Pamplona, para unirse al camino de Santiago, que entrando por Arneguy y Valcarlos subía al puerto de Roncesvalles, descendía al histórico Monasterio-Colegiata de Roncesvalles y formando un solo camino desde Puente La Reina, de Navarra, para atravesar por el puente romano el Arga, seguían los peregrinos a Estella, Hirache, Logroño.

Ruta de inmensa belleza, pero dura, penosa, especialmente cuando aún la cubre la nieve.

Después, desde esas balconadas de la Sierra de San Juan, divisamos la cuenca por donde baja el río Gállego y nuestra imaginación nos lleva al valle de Tena o de La Salud, a Panticosa, a Sallent de Gállego, al complejo turístico de El Formigal, lugares todos, de inmensa riqueza turística para deportes de invierno, para alpinismo, para excursionismo en automóvil, para la caza y la pesca, y ¿qué decir del citado complejo turístico del Formigal, sus bellezas y las del antiguo y conocido balneario de Panticosa?

Todo ello hace exclamar: ¡cuántos motivos turísticos tiene España!

Pero descendamos del llamado Monasterio nuevo de San Juan al antiguo, por esa fragosidad de la repetida Sierra de San Juan.

En un profundo barranco se abre la Cueva de Galión, socavada en enorme y fantástico peñasco; como final de angosta y selvática cual admirable garganta.

Y diremos con el arquitecto Lampérez, con quien tuvimos el gusto de ir allí una vez y coincidimos en la Cueva de Galión, al asombrarnos una vez más del antiqüísimo cenobio.

Hosco, sombrío y triste, independiente a todo tipo monástico y bravío, como el espíritu de los aragoneses que le dieron vida, se levanta aún el famosísimo Monasterio de San Juan de la Peña. Cova-donga aragonés; panteón de sus reyes; ¡Quién había de decir que aquel pequeñísimo, minúsculo cenobio, desahogadamente alojado en una cueva, tuvo 300 villas y pueblos bajo su dominio, se rigió por abad mitrado, cobijó Concilios, suministró obispos a las dieciséis ara-

gonesas, y por fin, fue como antes decimos, factor importantísimo en la historia política de Aragón y en la eclesiástica de España entera!

En las nebulosidades, como dice Lampérez, en que se inicia la Historia de Aragón, se vislumbra por el siglo VIII a Sancho-Ximénez fundando en la Cueva de Galión, una casa para eremitas.

En el siglo IX, Sancho Garcés labra Monasterio e Iglesia, que fue consagrada en el año 824 por Inigo, segundo obispo de Aragón.

Pasan los años, y al comienzo del siglo XI, Sancho el Mayor de Navarra introduce en el cenobio la regla benedictina clunicense, con lo cual se convirtió en cuna de la revolución monástica española.

Conformes con el repetido Lampérez, lo que hoy vemos de su fábrica material, es un núcleo, la que construyó Sancho Ramírez, a quien se debe la renovación de la iglesia y del maravilloso claustro.

Sucedíale Pedro I cuando se consagró el templo por el año 1094, pero debió mediar la centuria siguiente cuando se concluyó el claustro y las dependencias.

Los incendios, muy numerosos allí, acaecidos en los siglos X, XV, XVII y XIX, hicieron precisas obras y modificaciones, entre otras, la desaparición de la torre campanario, cuyos fundamentos aun vimos a la entrada de la Cueva..

¿Se ajusta este Monasterio a las características de la Orden de San Gall? De ninguna manera, no teniendo ni la iglesia la orientación litúrgica propia. ¿Independencia de criterio en este cenobio por sus condiciones? ¿Imposibilidad material de emplazamiento? Quizá, todo, conjuntamente sin duda alguna. Como no vamos a hacer un estudio detenido y detallado de este importantísimo, histórico y curioso cenobio, sólo diremos, que el Covadonga aragonés, en ese Panteón de sus Reyes, encontramos en primer lugar, por su importancia, a nuestro juicio, el claustro, curiosísimo, porque como la iglesia, en su nave, crucero y ábsides, están socavados en la misma peña, y este claustro tiene por única cubierta, la enorme visera de la Cueva que lo cobija y cubre, siendo un monumento importantísimo, aunque sólo conserva dos de sus alas. Nos presenta esta maravilla, que al penetrar en ella asombra y hace enmudecer por su grandiosidad al visitante, el silencio tan profundo que allí se encuentra, sólo turbado por el lejano canto de algún pajarillo; nos presenta, repetimos, columnas únicas o apareadas sobre un podio; gruesos capiteles de historias sagradas y algunos con pájaros fantásticos; arcos de medio punto con archivoltas de billetes que descansan en sus encuentros sobre columnillas; es-

tos son los elementos que acusan una construcción no anterior a la primera mitad del siglo XII, aunque bastantes historiadores le suponen muy anterior.

Aquel recinto, aquel claustro, que se guarda y cobija bajo la techumbre que le ofrece la peña, retiene y retiene al visitante y cautiva por su grandiosidad.

A un lado del claustro llama poderosamente la atención un interesantísimo panteón de los ricohomes aragoneses, obra, según dicen algunos autores, de Sancho Ramírez, aunque por su identidad con el claustro en columnillas y archivoltas, parece ser del siglo XII.

Nos decía Lampérez que este interesantísimo panteón, compuesto de nichos abiertos en sus muros, en el atrio de entrada del monasterio, parece inspirado en los columbarios romanos, y es acaso el más completo panteón románico que existe conservado en conjunto. Las tapas de los nichos, sumamente curiosa, llevan esculpidas cruces, animales fantásticos, escudos heráldicos, una inscripción, sencilla a veces, pretenciosa otras, indicando el nombre del difunto y la fecha del óbito. La más antiguas es la de un Fortunio Enneconis, fallecido en 1009 (anterior, por tanto, a la construcción de la iglesia y trasladado, indudablemente, de otro lugar); la más moderna, la de doña Tota Lupi de Larraya, hermana del abad don Lupi, muerta en 1325.

Cerca de este panteón, llama la atención del curioso visitante, las dos inscripciones siguientes. Una en el costado de la puerta del templo, dice: —que allí yace doña Jimena, esposa del Cid, cosa harto dudosa—; y la otra reza, que —bajo aquella piedra descansa el sueño eterno, el célebre don Pedro Pablo Abarca de Soles, conde de Aranda—.

Este claustro es a nosotros lo que más nos llamó la atención cuantas veces estuvimos en San Juan de la Peña.

Pero pasemos a la iglesia, ya que las celdas monásticas son modernas e insignificantes y no vale la pena detenerse en ellas.

El templo es de una sola nave, teniendo la particularidad antes dicha, de no tener otra techumbre que la de la misma peña, en cuyo socavon enorme está construida; y en la cual, por un ensanche de la nave, aparecen marcadas las partes litúrgicas con su arco de triunfo que anuncia la cabecera, ábside...

El arco de triunfo es de medio punto, liso, sobre unas columnas de muy toscos capiteles, elevándose la iglesia sobre un recinto que bien

parece ser más antiguo, lo mismo que la curiosa puerta de arco de herradura, resto evidente de la obra del siglo IX, de Sancho Garcés.

Con estos, y con señalar una vez más la grandiosidad por lo osco y sombrío del lugar en la fragosidad de la Sierra de San Juan, daríamos por terminadas estas breves notas, pero no queremos descender al antiquísimo cenobio de Santa Cruz de las Sorores sin hacer notar primero, que en este Monasterio de San Juan de la Peña, estuvo guardado y oculto, durante la invasión sarracena, el Santo Cáliz, llevado desde San Pedro el Viejo, de Huesca, por considerar el lugar más recóndito y seguro ese cenobio de la repetida Sierra de San Juan.

Una vez pasado el peligró, volvió a ser llevado el Santo Cáliz a San Pedro el Viejo, de Huesca, y posteriormente a la Catedral de Valencia del Cid, donde se le rinde el debido culto a tan magna reliquia, que unida al Lignum Crucis que se guarda y venera en los Picos de Europa, en Santo Toribio de Liebana y que es el trozo de la Santa Cruz, de mayor tamaño que existe en el mundo y que fue todo el brazo izquierdo de la Cruz del Redentor Divino, colocan a nuestra Patria en posesión de las dos magnas reliquias de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y que sólo por ello deberían ser visitados estos lugares de Liebana, en los Picos de Europa, la Catedral de Valencia y este histórico Monasterio de San Juan de la Peña, quizá únicos.

Para terminar este breve comentario sobre tan histórico cenobio, diremos, que con entrada desde la iglesia citada, al otro lado del claustro, se encuentra el Panteón Real, anacrónico a más no poder y completamente renovado en el siglo XVIII, que no merece ser anotado más que los restos que guarda, al parecer, y estos son: los de García Ximénez, su mujer Enneca, García Iñiguez, doña Tota, su mujer; Fortunio Garcés, hermano; doña Galinda, mujer del último; García Giménez II, García Iñiguez y doña Urraca, su mujer; don Sancho Garcés Abarca, doña Teresa Galíndes, su mujer; don Sancho Abarca II y doña Urraca Fernández; doña Ximena, mujer de García Sánchez (el Temblador), doña Caya, mujer de Sancho el Mator...

Y dichas estas vulgaridades de este importantísimo ex-monasterio de San Juan de la Peña, descendamos Sierra de San Juan abajo, bien por el seidero que en pocos minutos nos llevará, o bien por la carretera, dando la vuelta por Peña Oroel y Jaca, a ese otro cenobio, cual es, el de Santa Cruz de las Sores, de cuya historia nos dicen los padres Fray Ramón, de Huesca y Fray Lamberto, de Zaragoza, lo siguiente:

La historia del antiquísimo monasterio de Santa María de las Sorores de Santa Cruz, situado en el camino de Jaca a San Juan de la Peña, lo cual indica, como antes decimos, que el camino para ir a San Juan de la Peña era por Santa Cruz de la Seros, tomado de una escritura de confirmación de donaciones, que en 1599 dio Felipe III y en la que hacía constar la historia y los privilegios de la Casa, se ve que el año 984, el rey de Navarra, don Sancho y su mujer doña Urraca, dotaron espléndidamente el monasterio, y como no se conoce dato alguno anterior, debemos suponer que dichos reyes fueron sus fundadores.

Ramiro I de Aragón, en su testamento de 1061, recomienda a su hija doña Urraca, que había ingresado en este monasterio, y a las demás sorores (hermanas), que vivan bajo la obediencia del Abad de San Juan de la Peña.

El esplendor o apogeo de la Casa se debió a las infantas doña Teresa y doña Sancha, hijas también de Ramiro I, que en 1076 y 1096 la dieron muchos lugares sobre los que ejerció jurisdicción civil y criminal.

El P. Yepes nos habla sobre la obra con estas palabras que aparecen en la Crónica General de la Orden de San Benito, en su tomo VI. —También en este tiempo (1076) se fundó un monasterio... cabe el pueblo de Santa Cruz. Edificólo doña Sancha, infanta hermana del rey de Aragón, mujer del conde de Tolosa—.

La comunidad subsistió hasta el año 1555, en que se trasladó a Jaca. Hoy la iglesia de Santa Cruz de la Seros (nombre actual por transformación del primitivo), es la parroquia de este pequeño poblado sito al pie de la Sierra de San Juan. Trátase de una construcción edificada en su mayor parte en el último cuarto del siglo XI, y por esto, y por algunos de sus elementos muy digna de la visita y de su estudio.

La planta, muy reducida, es una sola nave de cruz latina, con un ábside semicircular.

Es notable la disparidad que se observa entre el exterior y el interior del templo, llamando la atención al exterior la gran linterna octogonal.

Es uno de tantos monumentos pocos visitados y que debería serlo, encontrándose muy próximo, a unos dos kilómetros de la carretera general de Jaca a Pamplona y a Huesca, en una de las rutas jacobeanas, de la peregrinación universal.

Mucho podríamos decir de este cenobio de monjas, interesantísimo y tan relacionado con el histórico e importante San Juan de la Peña.

Muy próximo a la cuenca del río Aragón se encuentra este ex-monasterio, y no lejos, como ya decimos, de aquel de Siresa, que pasado Hecho, se encuentra sobre el río Aragón Subordan.

Bajo el punto de vista turístico, desde Jaca, tenemos, aparte de los monumentos de la ciudad, con su catedral románica y de los maravillosos panoramas del Pirineo, los monumentos citados de San Juan de la Peña, Santa Cruz de las Seros y Siresa, que son tres moldes de arquitectura, joyas de nuestra arqueología e históricos en alto grado sobre todo San Juan de la Peña, todo lo cual nos obliga a repetir, una vez más, la misma exclamación ¡cuántos motivos turísticos tiene España!

Hoy hay buenos aposentos en Pamplona, en Jaca, en el Formigal, en Panticosa, en Ordesa, en Torla, dentro de poco un parador en el alto valle de Pineta..., y las excursiones pueden hacerse cómodamente desde Zaragoza, Pamplona, San Sebastián y practicándose circuitos encantadores.

Diego Quiroga Losada,  
Marqués de Santa María del Villar